

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO II

NUM. 27

# 14<sup>ª</sup> DIVISIÓN





# DESPUES DE MAS DE VEINTI- SIETE MESES DE GUERRA

## ¡SOLDADOS!

Se han cumplido con largura los veintisiete meses desde el comienzo de la contienda que arrasa nuestros campos y nuestras ciudades y que ha arrancado de entre nosotros a nuestros mejores camaradas de lucha y de clase. La guerra no la quiso el pueblo; la guerra no la buscaron ni la provocaron los proletarios; la guerra la quisieron los privilegiados y la provocaron todos los que tenían privilegios que defender, intereses mezquinos que salvaguardar. Ellos la iniciaron; el proletariado español no hizo más que recoger el reto que se le lanzara y defender con todo el ímpetu de nuestra raza, con toda la fiereza de nuestra razón, con todo el vigor de nuestro pueblo, su libertad primero y su independencia después.

A lo largo de todos estos meses, cada vez más duros, cada vez de perfiles más crueles, nuestros trabajadores han sido capaces de colocar en cada acción de guerra más alto el prestigio militar de nuestras armas; y hoy, cuando nos acercamos a los momentos decisivos, cuando nuestra contienda comienza a entrar en sus fases definitivas, hemos de tener constantemente presente el sacrificio de todos nuestros hermanos de clase, para mantenernos más firmes que nunca en el puesto que el destino nos ha confiado, y para ser dignos continuadores de esas legiones de héroes y de mártires que escribieron las más gloriosas páginas de nuestra contienda. Ni dudas, ni flaquezas, ni vacilaciones, pueden arraigar entre nosotros; tan sólo las rígidas normas del antifascismo pueden servirnos de norte y guía de nuestros pensamientos y de nuestra conducta de cada día, de cada hora. Los vacilantes, los timoratos, no están a la altura que las críticas circunstancias que atravesamos exigen. Hoy, la hora es de los decididos, de los dispuestos a todos los heroísmos y a todas las abnegaciones en el cumplimiento de su deber. Y esta gloriosa 14 División, que se ha cubierto de laureles en tantas acciones, que ha sabido marchar a la cabeza de las unidades de nuestro Ejército popular, está en la obligación ineludible de conservar íntegro el prestigio que a costa de tan duros sacrificios lograra alcanzar. Por esto, por el honor de nuestra División, por la libertad de nuestro pueblo y por la independencia de nuestra patria, hemos de mostrarnos en todo momento dignos continuadores de todos nuestros camaradas caídos en la lucha.

## ¡SOLDADOS!

El enemigo nos ha encontrado en todo momento dispuestos a cerrarle el paso; en adelante lo estaremos igualmente; nuestros Jefes, nuestros Oficiales; nuestros Comisarios y nuestros Soldados saben marchar con paso firme por el camino del heroísmo.

Que cuando los rebeldes intenten avanzar, nos encuentren siempre en el puesto de riesgo y de peligro que tantas veces hemos sabido ocupar.

¡Por la Victoria del Pueblo!

¡Por el Triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División

M. VALLE



# LAS DOS INDEPENDENCIAS

**SI ANHELAMOS LA POLITICA, LA ECONOMICA NOS ES ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE**

Desde hace muchos meses se viene hablando, en la España leal, de los caracteres nacionales de nuestra guerra y del relevante aspecto que en ella ha adquirido la independencia de nuestro país. Y esto, que es una verdad absoluta y palpable, porque hoy los trabajadores antifascistas no defienden únicamente su libertad, sino también su independencia, es necesario destacarlo con trazo rotundo, para que todos comprendamos la trascendencia vital que para nosotros tienen los conceptos básicos que nos impulsan a la acción.

El símbolo de julio es símbolo de libertad; esa era la palabra que electrizaba a todas las manos proletarias españolas; incluso aquellos sectores de nuestro proletariado que no tienen escrita en sus banderas la palabra, no pudieron resistir la su gestión magnífica de la hora que pasaba, y con gritos de libertad marchaban sus mejores camaradas a la lucha, y con un ¡Viva la Libertad! en los labios, caían sus primeros mártires, los primeros mártires todos de la causa liberadora del pueblo español. Los proletarios españoles se sabían defensores de la libertad frente a los intentos de dominación de las viejas oligarquías. En aquellas jornadas, nuestros trabajadores luchaban contra la tiranía que pretendían imponer otros españoles privilegiados de la fortuna, bien avenidos con sus privilegios, que querían conservar a toda costa. Su lucha era, plenamente, una lucha de libertad, de liberación.

Entonces entran en juego factores extranjeros; entonces las potencias fascistas comienzan su intervención en España, suministrando a los rebeldes cuanto material de guerra necesitaban, primero, y poniendo a su disposición, más tarde, millares y millares de combatientes. Nos encontramos desde ese mismo momento ante una guerra de invasión, ya que no son únicamente los rebeldes españoles los que luchan contra el pueblo, son también fuerzas extranjeras. Ha nacido el carácter de guerra de independencia, que en la actualidad constituye uno de los rasgos característicos de nuestra lucha. Buques repletos de material de guerra, aviones de los últimos modelos, y hombres

muchos hombres, vienen desde tierras extranjeras a reforzar las unidades rebeldes. Eran aquéllos las avanzadas de la invasión. Y aquellos mismos combatientes fueron los que comenzaron a jalonar el paso de nuestra lucha, de una guerra de libertad, a una guerra de independencia.

No quiere esto decir que nuestra lucha haya dejado de ser una lucha encaminada primordialmente a lograr la libertad de los oprimidos. Antes al contrario; esos afanes de libertad constituyen la esencia íntima de todo nuestro impulso combativo. Pero a ellos han venido a unirse nuevos afanes de independencia, porque los signos de la tiranía ya no son exclusivamente españoles; ya, en nombre de la libertad, no luchamos únicamente contra lo que significan las flechas y el yugo de Falange, sino que luchamos también contra lo que significan el fascio lictorio de Italia y la cruz gamada de los nazistas alemanes. Esto explica claramente la conjunción, la síntesis, de la libertad y de la independencia como causas motrices de nuestra guerra; allí quisieron empezar anulando la libertad del pueblo y han terminado por querer anular, con aquella libertad, su propia independencia; nosotros, que comenzamos luchando por la libertad, luchamos hoy, no sólo por la libertad de nuestro pueblo, sino también por la independencia de nuestra patria. Al entrar en liza símbolos de dominaciones que, sobre ser tiránicas, son, además, extranjeras, en el término independencia se subsume el de libertad; de ahí que la independencia de España sea hoy la piedra angular de toda nuestra capacidad de resistencia, de combate y de victoria.

Pero, llegados a esta conclusión, nos encontramos con el doble significado que puede darse y que de hecho tiene el término independencia; más vistoso que profundo es la independencia política; otro de los términos de aquella, menos

visible, pero que es de trascendencia mucho más honda, es la independencia económica; un sometimiento político se ve, un sometimiento económico se siente; aquél afecta primero al cerebro que al estómago de los pueblos; éste liga antes a su vida material que a la espiritual, pero sus lazos son férreos, difícilmente solubles. Una tiranía política puede terminarse con un golpe de audacia o de astucia; una tiranía económica sólo se termina con una revolución triunfante. Y ahora, cuando se ha convertido en actualidad la cuestión de la reconstrucción económica de España, es lógico y natural que nos ocupemos, ante todo, de la independencia económica de nuestro país.

Se ha hablado demasiado y se ha hablado ligeramente de la reconstrucción económica de nuestro país, fiándolo todo a hipotéticas ayudas exteriores; se piensa en el Extranjero como en la peña de la cual ha de brotar el manantial que nos ayude a levantar lo que la guerra hundiera; parece como si el Extranjero estuviera pendiente del final de nuestra guerra para poner inmediatamente en práctica la solidaridad efectiva que nos ha negado una y cien veces en tanto la guerra ha tronado—como trueno todavía—sobre nuestros campos y nuestras ciudades. Pues bien; hemos de decir que no creemos en esa ayuda ni en esa solidaridad; como hemos de decir también, y la guerra nos lo ha demostrado cruelmente, que toda ayuda tiene su precio, y toda solidaridad, sus condiciones. De ahí que nos mostremos un poco escépticos y un mucho desconfiados respecto a las ayudas que de los países extranjeros puedan llegarnos para contribuir a la obra de la reconstrucción económica de España.

Basta para cimentar nuestra desconfianza la consideración de que el mundo entero vive sometido a las rígidas normas del más despiadado capitalismo; la competencia triunfa; sólo los hombres de empresa se

abren camino; la moral está arrinconada y sólo el oro se cotiza en las Bolsas todas de la tierra; y si el capitalismo mueve todavía las palancas todas de la economía mundial, hemos de recordar también que el capitalismo no hace nada por nada; siempre, inexorablemente, espera sus dividendos; y cuando no ve la posibilidad de lograrlos, se mofa del dolor, del hambre y aun de la misma muerte.

Planteado en estos términos el problema, es lógico pensar que el capitalismo no tenderá una mano a los proletarios españoles sin establecer y asegurar previamente condiciones que serán—podemos afirmarlo por anticipado—, sumamente onerosas; el capitalismo prestará su ayuda, es cierto, pero cuando vea satisfechos sus deseos y a cubierto sus intereses, lo que equivale a decir: cuando España, la España proletaria triunfante, haya hipotecado, en mayor o menor medida, sus mismas conquistas revolucionarias y militares. En esas condiciones, es casi seguro que el capitalismo mundial se apresurará a acudir en nuestro apoyo; pero es que entonces el capitalismo habría ganado, con su oro, lo que no fueron capaces de conquistar sus mercenarios.

Por eso hoy, cuando estamos luchando por nuestra independencia política, debemos templar nuestro ánimo en la decisión de luchar mañana por nuestra independencia económica. Y si la primera se conquista con las armas, la segunda sólo se logra mediante el trabajo.

Aquí es donde reside la verdadera raíz de la independencia de nuestro pueblo; en su trabajo, y en la confianza en sus propias fuerzas y en su propia voluntad de superación, está la posibilidad de rehacer todo lo que la guerra ha destruido; y esto, sin deber nada a nadie y sin tener que corresponder, bajo ningún concepto, al más pequeño favor. Así es como el pueblo español logrará de una manera segura su independencia económica, después de haber logrado la política en los campos de batalla; así, únicamente así, es como el pueblo español conseguirá ser verdaderamente libre.





*Y son fieras.*

# ¡POR LA LIBERTAD!

Hace tiempo que se oyen pasos de traición y pisadas de invasores en el suelo de España.

Los magnates del Ejército, aquellos mismos que juraban y hacían jurar la defensa de la Patria hasta derramar la última gota de sangre, entregaron la solución de su impotencia al poder guerrero de naciones extranjeras, recibiendo en pago de sus traiciones la maldición de España y el desprecio de los invasores.

Aquellos milites de donde salieron las desbandadas de Annual y las cobardías de Monte Arruit, demostraron una vez más su incapacidad militar, ante el fervor heroico del pueblo amante de sus libertades.

Y los militares, perjuros profesionales, fracasados ante las murallas de corazones libres y fuertes de los hijos de Madrid, dieron paso, pisoteando el tan cacareado honor profesional, a los guerreros nazis y roma-

nos, autómatas del poder absoluto, creyendo con esta conexión infamante poder satisfacer las apetencias desordenadas de opresión y atropello, de reacción y retroceso que significa la idea demagógica fascista.

Y hasta para eso, pusieron de manifiesto el desconocimiento del carácter popular español.

Los traidores olvidaron que el ejército invencible del ogro de Córcega, llegado a emperador, sufrió el primer latigazo sangriento en este rincón del mundo, en estos campos de Bailén, rodando los aguerridos vencedores de cien combates por los suelos andaluces y bajo las picas de los caballistas del pueblo.

Los traidores olvidaron que en este corazón de España, en este sublime Madrid, se quedaron jirones del ejército invencible del arrivista Murat, entre navajas de manolas y trabucazos de chisperos.

Y estos traidores que, por desconocer, desconocían hasta el carácter español, consintieron en la humillación de sentirse despreciados, de verse escupidos por los que fueron llamados para disimular en algo la cobardía y la incompetencia de esa clase especial que era antes el Ejército español en la mayoría de sus figuras representativas.

Pero... el pueblo no ha variado. El pueblo sigue siendo el de Madrid, el de Zaragoza, el de Gerona, el de Bailén.

De las entrañas del pueblo siguen saliendo soldados de la Libertad como aquellos que se quedaron a las puertas del parque de Montealeón. Siguen saliendo mujeres que llevan la sangre de las Buretas y las Agustinas.

El pueblo no ha perdido la virilidad ni el entusiasmo para defender sus libertades contra todo el poder del invasor y los que, directa o indirectamente, son cómplices del atropello de

nuestra patria.

Los pasos del invasor se oyen todavía en las carnes de España, pero el pueblo ha hablado. Ha hablado con serenidad, con voces de plomo y gritos de dinamita.

El pueblo no admite otras conversaciones con los traidores, con el enemigo invasor, que los discursos de metralla.

Y sobre los caídos, se levantan macizos de vida y entusiasmo, muros de pechos leales y libres, para los cuales no son suficientes las granadas fascistas, y la sangre derramada por los que hicieron profesión de héroes es la semilla que fructifica en el acto, porque los extranjeros han profanado el suelo de España; los extranjeros, llamados rufianescamente por las meretrices del poder absoluto; pero contra ellos y contra todos, veremos lo que dijo el poeta:

«Hasta las tumbas se abrieron gritando venganza y guerra.»



## ¡Cómo tienta el Poder!

Nos indignamos en la España libre con la actuación de los socialistas franceses, ingleses y belgas, pero es que no queremos creer en las razones que conmueven a los líderes. ¡Estamos tan alejados de sus egoísmos! Aquí, todo un pueblo luchando por defender su decoro. Allí, unos líderes que añoran el Poder o que se aferran a él frenéticamente. ¡Cómo tienta el Poder! ¡Cuántas ambiciones desata, cuántas ilusiones despierta, cuántas glorias alienta y cuántas claudicaciones encubre! En unos —ingleses—, es la ilusión de volver a atrapar lo que perdieron. En otros —franceses—, es la ambición de mando, aunque sea compartido y como una servidumbre. En aquéllos —los belgas—, es el tesón por mantener la presa codiciada...

¡Cómo tienta el Poder! Atlee lo persigue, Blum lo olfatea, Spaak no lo suelta. Es igual. Ninguno puede verse libre del tóxico. Lo probaron y ya no pueden vivir sin él. ¿Qué tiene el Poder? ¡Tantas cosas! Tiene influencia, halagos, distinciones, comodidades, mando... Es la droga que desvanece. Se puede ser socialista, tocarse con prendas proletarias, subir a una tribuna enardecido, llamar a la huelga, poner un petardo, disparar a los guardias, levantar una barricada, habitar la cárcel..., hasta que se llega al Poder. Después... Los problemas, desde el Gobierno, cambian la fisonomía de las cosas. No es lo mismo verlos desde una fábrica o descargando un barco, en un cafetín o en un barrio obrero, que verlos dentro de un despacho suntuoso, con una secretaria perfumada, pisando sobre alfombras y engarzando pensamientos de estadista ante el coro de aduladores. No es lo mismo. No es lo mismo ver la revolución desde una buhardilla que desde un piso con calefacción, criados y cuarto de baño...

Macdonald era jefe de los laboristas ingleses. Llegó al Poder y se hizo conservador. En el partido laborista surgió una tendencia avanzada. Nosotros pensamos. Ahora los trabajadores ingleses, defraudados con la experiencia de Macdonald, preconizarán la revolución que destruya pedestales

de gloria y drogas. Nos equivocamos. En la fracción izquierdista había una docena de laboristas que habían gustado las delicias del Poder. Y les dio de preparar a las multitudes proletarias inglesas para la revolución, las educaron para ganar unas elecciones. En pos de ellas van Atlee, Citrine y cuarenta personajes más. Quiéren hacer la revolución desde arriba. En realidad, es que ya no sabrían hacer otra.

Blum era un rico humanista. Teórico del socialismo, necesitaba gloria. Y escupió venablos. Francia tenía que proseguir la revolución de los Derechos del Hombre. Enquistados en el Poder los republicanos burgueses y los capitalistas reaccionarios, era necesario hacer otra revolución. Prendieron las propagandas, empezaron a salir diputados, llegaron a tener fuerza en la Cámara y... se ahogó la revolución desde abajo. Un día le dieron el Poder a Blum. Y le derrotó el Senado, enemigo irreconciliable de los socialistas franceses. Nosotros pensamos: Ahora harán en la calle la revolución que no se puede hacer desde un Poder asentado en el capitalismo. Pero nos olvidamos

del poder que tiene el Poder. Y ahí tenemos a Blum y a cincuenta personajes y doscientos personajillos mendigando el Poder, la influencia, el halago y sin reparar en los estertores de Francia...

Los socialistas belgas también llegaron al Poder en alianza con Partidos moderados política y socialmente. El ejercicio del Gobierno les limó sus garras. Hasta que un día conquistaron casi todo el Poder oficial. En realidad, los conquistados por el Poder fueron los socialistas belgas. Ahí está Spaak de presidente del Consejo. Nadie lo diría. A la hora de decidir entre los ricos de Bélgica y la causa de unos trabajadores, votan por los ricos... Y Spaak se sostendrá en el Poder, quizá por mucho tiempo. ¡Mientras un socialista haga desde el Gobierno la política de los banqueros belgas, no tendrán éstos mucho interés en derrotarlo!

¡Cómo tienta el Poder! Londres, París Bruselas... El Poder capitalista echó su zarpa al cuello de los líderes socialistas. Los tiene bien sujetos entre razones de Estado y peligros de guerra. La revolución se ha perdido. ¿La encontrarán los pueblos sin sus líderes? ¿Sabrán buscarla huyendo de las drogas de la política, que, al propio tiempo que abraza, mata?

## PARA QUE SE ENTENDAN LOS CATOLICOS

### EL PAPA Y SUS PRELADOS HAN BENDECIDO LOS ASESINATOS DE LA ZONA FACCIOSA

Leer el libro «Un año con Queipo» es comprender las tribulaciones que ha tenido que soportar el alma cándida y católica del autor, hasta que tranquilizó su conciencia huyendo de evocaciones macabras y dantescas. Cuenta el aturdido autor, que vivía pensando en Dios, en el dogma católico y tragándose, con verdadera unción, hostias y más hostias, que cuando, a los pocos días de haber aparecido sesenta y cuatro cadáveres en las tapias de la piscina de los Remedios, de Sevilla, se celebró en la catedral una misa de comunión general, a la que asistieron Queipo y los falangistas que intervenían directamente en las matanzas, él pensó, viéndolos acercarse «con gran fervor a la sagrada mesa», que se ha-

bían acabado los asesinatos, pues no podía pensar que después de «haber recibido en su pecho a Cristo Jesús, aquellos mismos caballeros cristianos, bendecidos por el cardenal llundain, se iban a dedicar por la noche a la caza y muerte de sus hermanos».

El humilde cordero del rebaño del Papa se equivocó. A la mañana siguiente, había cuatro cadáveres en la calle García Vinuesa, a dos pasos de la catedral. Y es que el simple y fanatizado corderillo, sin una luz de razón en su cerebro, no supo sacar por aquel entonces deducciones lógicas y claras de la arenga cardenalicia de llundain, que gloria pudra. Pero dijo el cardenal: «Imploro con voz patética de la Santísima Virgen su protección para Es-

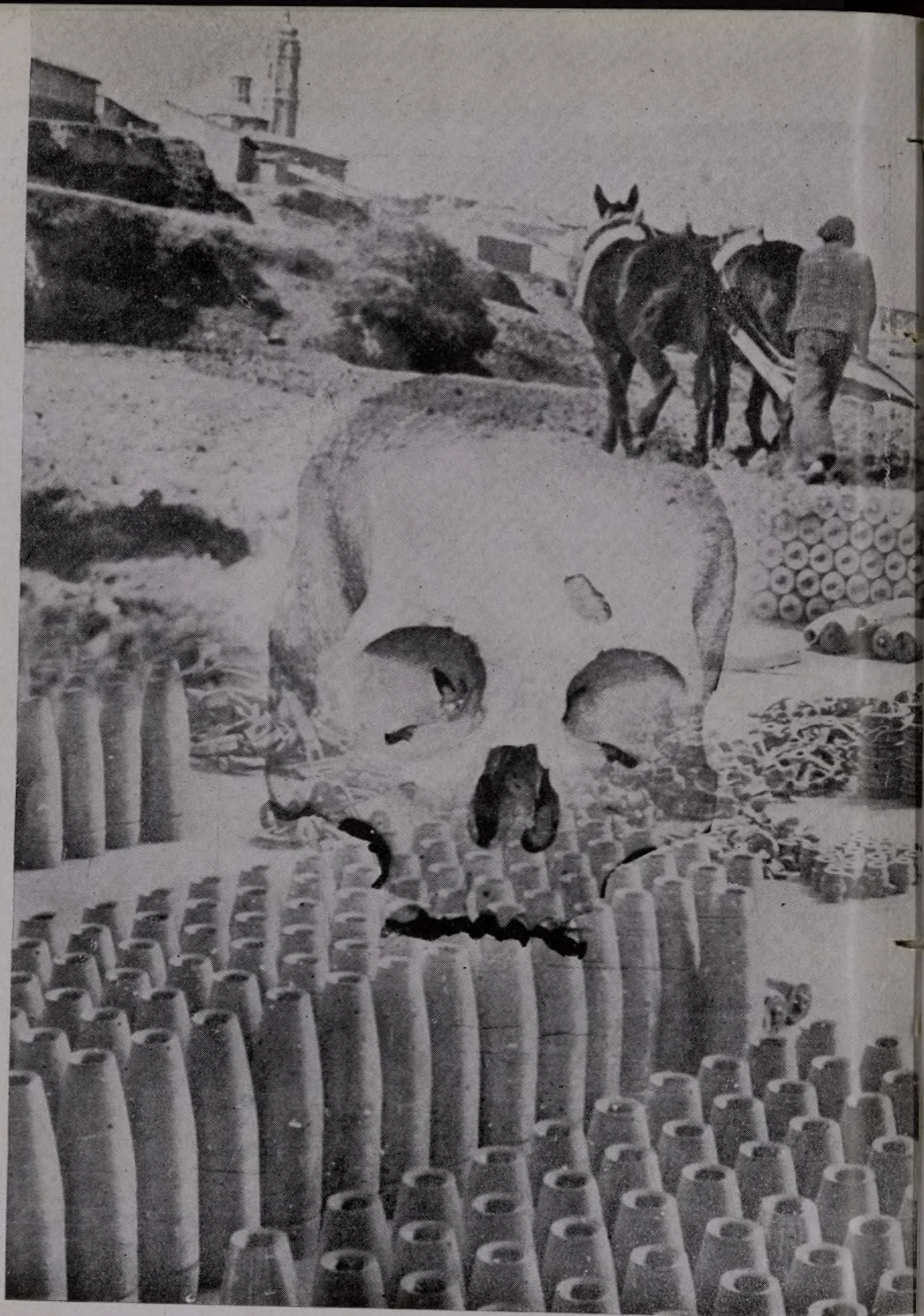
paña y le pido la rápida entrada de nuestras tropas en Madrid, para liberar a nuestros hermanos de las garras opresoras del marxismo moscovita, destructor de la familia y de la religión. Y termino alentando a mis amadísimos hijos —no era una figura retórica— a seguir luchando en esta guerra, que es contra Dios y su sacrosanta religión. HASTA LA EXTIRPACION TOTAL DEL MARXISMO». Luego dió su bendición, en nombre del Papa, a los asesinos.

«Hasta la extirpación total del marxismo» quería decir, en labios católicos, «hasta que no quede vivo, ni en pie, un solo hombre libre». Y por eso pudo bendecir a los asesinos de la retaguardia y del frente. Todo ello hablando de Cristo, en nombre del Papa, como representante de una fe, en nombre de un dogma religioso y bendiciendo la desolación y la muerte. El autor del libro tardó en ver, pero vió al fin; en cuanto pudo, huyó atormentado, llevando en su semblante el espanto y buscando un refugio tranquilo para rendir cuentas a su conciencia. Su libro es la carga de pesadumbres y vergüenzas que soportaba mansamente y que arrojó un buen día para volver a ser, para volver a existir, para poder pensar libremente, para libertar a su conciencia del peso insoportable de sus errores. A buen seguro que quien creyó, albergar ya la duda, sublime luz que disipará las tinieblas de su entendimiento; que quien siguió consejos y doctrinas católicas sin pasarlas por su discernimiento, piensa hoy cómo se relajaban y prostituyen, en el altar de la ambición, del privilegio y de la riqueza, las que le parecían puras teorías; que quien admiró al Papa y a sus representantes, los maldice y los acusa como autores y cómplices del dolor de un pueblo, de su luto, de su desolación y miseria.

El autor de «Un año con Queipo», tranquilo y recobrado, ha vuelto a padecer alucinaciones. Sabe que un sacerdote católico, revestido y con cruz alzada, ha recorrido las calles de Barcelona, seguido de un cortejo oficial de la España que sufre y muere. El ha querido gritar, desde su voluntario exilio: «¡Socorro, hermanos que padecéis; esa cruz está manchada de crímenes y sangre!» Pero se le agarró la garganta y rompió a llorar.



*Dos concepciones*  
*de la sociedad,*  
*frente a frente*



EN nuestros campos y en nuestras ciudades, en el mismo palpitante de nuestra lucha, nos encontramos con la oposición radical y cruenta de dos concepciones diferentes y opuestas de la sociedad y de su organización: la organización capitalista y la organización proletaria. Aquella basada en el terror, en la destrucción violenta de cuantos elementos pueden significar para su desarrollo traba o entorpecimiento; ésta, buscando en el trabajo y en la confraternidad entre todos los productores las piedras angulares de todo el edificio de libertad y de vida digna con que sueñan sus hombres mejores.

Máquinas de trabajo y artefactos destructores pugnan por lograr el dominio de todos los ámbitos del mundo; y hoy, por una cruel contingencia de la historia de nuestro pueblo, los hombres que solo aspiran a tener paz trabajo, se ven envueltos en una contienda brutal y sanguinaria, donde se pierden torrentes de sangre y en cuya cima se está precipitando la economía y la producción de nuestro país. Por todas partes muerte, dolor y sacrificios sin cuento, forman el cortejo del capitalismo; las órbitas descarnadas de todos los caídos a consecuencia de su egoísmo sin límites, de su ambición sin tasa y medida, son la más formidable acusación contra una mal llamada civilización que pretende convertir a los hombres en máquinas de guerra; las imágenes de sus artefactos destructores, que han conseguido nublar el porvenir de paz a que anhelara nuestro pueblo, no pueden perdurar, como un estigma trágico y ensangrentado, sobre nuestro futuro. Es necesario terminar de una vez con tanto dolor concentrado, con tanta destrucción en ciernes. Pero para ello no nos queda otro remedio que aceptar la batalla en el mismo terreno en que se nos presenta, defendernos con las mismas armas, y salir vencedores en esta lucha a muerte que se está librando en nuestro país entre las viejas y crueles concepciones capitalistas, y las modernas y claras construcciones ideales del mundo del trabajo.



# ORIENTACIONES Y DATOS

POR EL GENERAL  
V. ROJO

## TÁCTICA GENERALIDADES

El combate tiene por fin la consecución de la victoria, y ésta se obtiene cuando se ha vencido la potencia moral del adversario y se ha destruido su fuerza material.

En la ofensiva, pasa el combate por fases sucesivas: «reconocimiento, toma de contacto, preparación del ataque (acciones preliminares), ataque a fondo y persecución o repliegue»; cada una de las cuales trata de alcanzar una finalidad particular distinta, según la cual debe orientarse su desarrollo.

Así, en el transcurso de las primeras fases, se trata de «informar» al mando para que tome con «tiempo» sus decisiones para el combate, efectuándose con tanta más intensidad cuanto menor es la distancia y tratando de «fijar» al enemigo, «quebrantándole, inmovilizándolo, dificultando su maniobra, combatiendo» con él para desalojarle de los puntos que interese, «aferrándose al terreno» en casos de revés «y obligándolo» a manifestar su «potencia, efectivos, línea de resistencia», etc., todo ello para que el mando y las tropas tengan «tiempo y espacio» para dictar o tomar las disposiciones y realizar las maniobras que a preparación del combate requiera.

El ataque a fondo llena la finalidad principal primeramente apuntada, abordando al enemigo e hiriéndole por sorpresa y con la mayor masa, potencia y vigor en el punto más débil.

Las últimas fases tienen por objeto completar la victoria por el aniquilamiento del enemigo, o bien contenerle, reorganizando las fuerzas al amparo del terreno, caso de revés.

En este capítulo de Táctica nos limitaremos a consignar el empleo que normalmente se hará en el combate de los diferentes medios de acción de la Infantería, atendiendo a sus características, en los casos generales en que supondremos situada una unidad, que serán: «en la toma de contacto y en el ataque a fondo».

Expondremos también las características del combate en frentes estabilizados, para precisar la diversa actuación en él de las distintas unidades y

el empleo que en tal situación se hace de los medios de acción; y, finalmente, haremos algunas observaciones de detalle que juzgamos de interés en los aspectos «movimiento y fuego», cuyas observaciones pueden considerarse como ampliación o complemento del primer tomo del Reglamento táctico, en tanto aparecen la segunda parte del mismo.

## DISPOSITIVOS DE APROXIMACIÓN

Se consignó en Logística cómo se organizaban y marchaban las columnas fuera de la acción del fuego de Artillería e Infantería. Tan pronto aparezca la posibilidad de que sean batidas, se impone su dislocación, para ofrecer objetivos menos vulnerables. Tal probabilidad se presenta a los 20 ó 22 kilómetros.

### Marcha bajo el fuego de Artillería de largo alcance.

La Infantería debe abandonar su formación de marcha sobre el camino a la distancia antes indicada, porque ya es posible y eficaz el fuego artillero sobre tropas concentradas; y debe abandonarla, sin esperar a que se inicie dicho tiro, porque éste puede presentarse de una manera inesperada, violenta y precisa, merced a la observación aérea y a los modernos procedimientos de tiro.

Está, por tanto, obligada a adoptar formaciones que, reduciendo el probable efecto del fuego artillero, faciliten la acción del mando, reduzcan, en lo posible, las dificultades de la marcha y se presten al aprovechamiento del terreno, dificultando la observación enemiga.

Estas formaciones pueden ser para el batallón, la columna doble y el rombo, con las ametralladoras y máquinas de acompañamiento en el último escalón, para no entorpecer la marcha de las compañías y porque, no siendo inminente el combate, sólo es probable la intervención de tales armas en caso excepcional.

Los intervalos y distancias han de responder a la necesidad de que un proyectil produzca su efecto sobre la menor fracción posible; y para atender, dentro de esa necesidad, a la ya citada de facilitar

la acción del mando conservando la tropa en la mano (lo que exige formaciones concentradas o en orden cerrado), debe de tenerse la disgregación de unidades en el pelotón o sección.

La distancia entre los escalones sucesivos no deberá ser menor de 300 ó 400 metros, a fin de evitar que las ráfagas de fuego dirigidas a uno de ellos alcance al siguiente.

La garantía de seguridad citada se logra admitiendo como intervalos y distancias normales entre pelotones 50 y 100 metros, pudiendo ampliarse o reducirse, según las circunstancias, y no habiendo inconveniente en realizar dicha reducción porque, en general, el fuego artillero a las distancias grandes se efectuará con granada rompedora, cuyo radio de acción es de 15 por 70 metros (fondo por anchura), y como se ve, permiten estas cifras reducir las distancias e intervalos de seguridad.

Los dispositivos del batallón, en los tres casos fundamentales en que se puede considerar su actuación, son:

- 1.º Encuadrado, en segunda línea o reserva.
- 2.º En vanguardia, encuadrado.
- 3.º En vanguardia, a un ala o aislado.

En el primer caso se empleará normalmente la columna doble; en el segundo, el rombo o el trapecio; y en el tercero, la disposición escaqueada o el rombo.

En los casos de batallón en vanguardia, los medios de fuego propios del batallón, ametralladoras y máquinas de acompañamiento, pueden situarse en el primero o segundo escalón, por ser mayor la probabilidad de su empleo (más adelante se indica cómo y cuándo pueden fraccionarse dichos medios de fuego), debiendo también, para responder a la misión de vanguardia, disponerse los escalones a distancias mayores de las normales.

Las compañías adoptan una de sus disposiciones de aproximación, según su puesto en el orden del batallón, y lo mismo las secciones, sin que se imponga todavía el fraccionamiento del pelotón, por subsistir las circunstancias en que se desarrolla este período (efecto del fuego artillero).

### Marcha bajo la acción de la Artillería ligera.

Desde el momento en que se encuentra la Infantería a distancia de tiro eficaz de la Artillería ligera, la probabilidad del fuego aumenta y lo mismo la posibilidad de la observación, por ir entrando en el radio de acción de las vistas de los observatorios terrestres. La necesidad de realizar la sorpresa, exige cubrirse más durante la marcha, y, por otra parte, el combate es más probable desde el momento que se puede entrar en la zona de acción de las ametralladoras, por lo que convendrá disponer los elementos en condiciones de realizar el encuentro, con la ventaja de tener la prioridad del despliegue y, como consecuencia, mayor libertad de acción. Se impone por todos conceptos un despliegue más amplio que pueda realizar las primeras condiciones (invisibilidad y seguridad) y facilite la segunda.

El batallón debe, como consecuencia de lo dicho, adoptar un orden preparatorio de combate, consistente en el despliegue en frente y profundidad en la zona de marcha asignada, pudiendo, para facilitar la acción del mando, reducir algo su frente y fondo de marcha y llevar la disgregación de unidades hasta el pelotón o escuadra; pero respondiendo ya, en todos los casos, el dispositivo, a la situación táctica impuesta y cometido asignado al batallón.

El paso de un dispositivo de los del caso anterior a otro de los que señalan ahora, se realiza de una manera progresiva, durante los saltos en que se desarrolla la progresión, de cuya manera se logra hacer insensible, el cambio, y, al propio tiempo, adaptar el dispositivo a la situación. Todas las disposiciones que pueden adoptarse se derivan, de una manera general, de las fundamentales, establecidas anteriormente, caracterizándose porque, en esta situación, responden ya a la realización del cometido táctico que a la unidad se haya asignado.

Las compañías, dentro del emplazamiento que se les asigne en el dispositivo de batallón, adoptan uno de los suyos, el que mejor se adapte al

(Sigue en la página 11)



# El Madrid que no se conoce desde fuera.

Madrid, rima su diario heroísmo, con la normal revalorización de sus propias virtudes. El valor de las cosas, han prendido en el hábito de su abnegación, como enjoyado adorno, y le hace aparecer, ante la obcecación

atónita del espectador imparcial, como un pueblo cuidadoso de sí mismo, iniciado intuitivamente en los más enrevesados problemas de su natural economía y pronto a resolver por sí las más arduas situaciones. Y todo ello, con un aire de simplista espontaneidad, con un gesto suave y comprensivo y con una superioridad nimbada de magnífica soberbia, que le honra y le enaltece.

¡Menguada y cretina concepción la de aquellos rufianes del otro lado del derecho y la razón que supusieron por un momento, que Madrid podía ser humillado, con una derrama de panecillos limosneros!

En el acorde normal de su diaria defensa, Madrid ofrece un espectáculo magnífico y sorprendente. A la orientación oficial de su diario abastecimiento, agrega su iniciativa particular. Y una vez, es el aprovisionamiento de frutas y hortalizas, en lugares próximos a la capital, organizando expediciones familiares, en las que campea junto a la previsión, el buen humor, junto al obstáculo la risa franca y el desdén al esfuerzo. Y otra, el cuidado de pequeñas granjas avícolas, en pleno

corazón de la ciudad mártir, junto al tráfico intenso, como si con ello se quisiesen dar a entender todas las reservas morales de que es capaz un pueblo que se considera invencible.

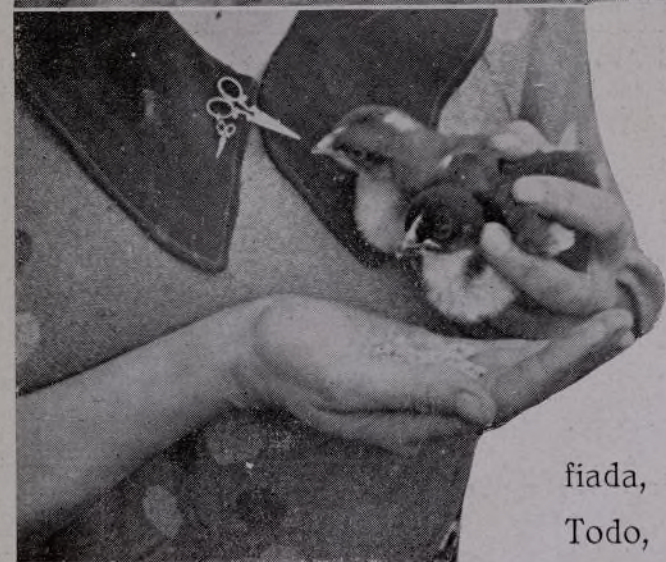
Y más allá, es la ternura infinita con que el transeunte cuida, mima y se extasia ante esa bandada de palomas que en el Palacio de Comunicaciones, constituyen una nota alegre y confiada, expresión señera de la más refinada sensibilidad. Y más acá... Todo, en este marco activo, de silenciosa colaboración, es claro

exponente de vitalidad y de rumbosa energía.

Para los que sueñan, con afligir nuestra capacidad de resistencia, con apremios, trabas y torniquetes, manipulados desde las zonas de su incomprensión, estos rasgos íntimos del pueblo de Madrid tienen el valor de lo sobrenatural, la certeza de su desengaño y la traducción de su palpable impotencia

La compañera que al respaldo de las últimas caricias del sol de otoño, tensó el ánimo en la labor que sale de sus manos incansables, cuida al mismo tiempo de la gallina que picotea a su alrededor, ante las miradas indiferentes por respetuosas de la vecindad, que sabe suplir todas las carencias, representa un baluarte inestimable, ante el que se estrellan todos los planes de los que al desconocer el temple de nuestro pueblo—extranjeros en la tierra que los vió nacer—comprenden sus más caros sentimientos pretendiendo alternadamente intimidarle con el terror o con la humillación. El Madrid, que no quieren conocer los de fuera, sigue estoico y erguido su ritmo normal matizado de improvisadas resoluciones, como un ejemplo vivo de fortaleza y de confianza en el triunfo de sus destinos. Y en su posición vertical ha aprendido a dar el verdadero valor a sus virtudes, acoplándolas a las necesidades de la guerra.

Por ello, esos cuadros populares, sencillos y simples, en los que se convalida una política económica casera de sin igual mérito, hiere las retinas de los que ciegos—ceguera del corazón—siguen confundiendo a nuestro pueblo con la retaguardia corcovada que amenaza con desmoronar el falso pedestal de unos esclavos que no aprendieron a suspirar por su patria.



Ayuntamiento de Madrid



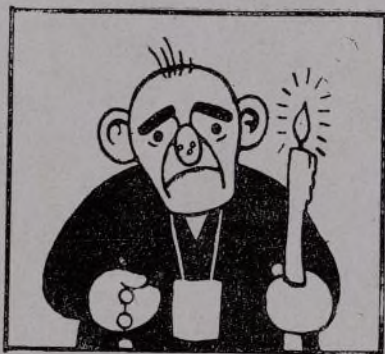
# LA ESPAÑA FRANQUISTA



Segunda Jauja esta tierra  
Verás que cosas encierra.



Las damas de Estropajosa  
Abundan más que otra cosa.



El que quiera trabajar  
Rezando siempre ha de estar.



Y el que no va nunca a misa  
No puede gastar camisa.



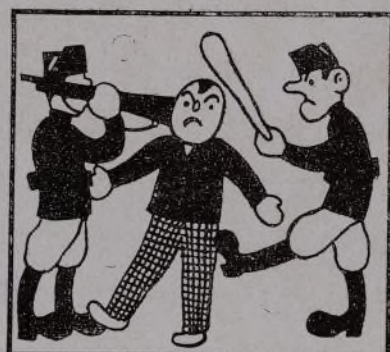
Allí toda la cultura  
Puesta está en manos del cura.



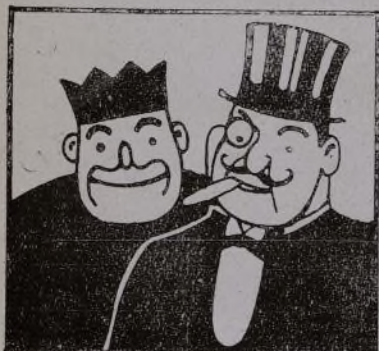
El cual con ferviente anhelo  
Te habla de cosas del cielo.



Mas nadie puede aprender  
A escribir bien y a leer.



Con procedimientos viles  
Te castigan los civiles,



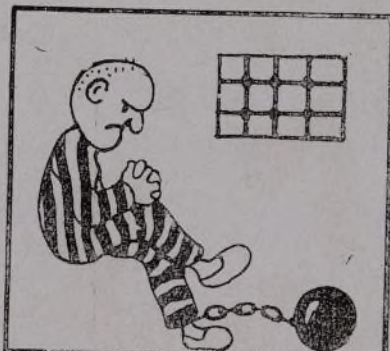
Los curas y los banqueros  
Explotan a los obreros.



El jornal más elevado  
A un duro nunca ha llegado.



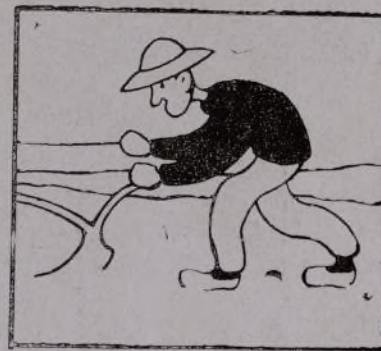
A italianos y alemanes  
Se les llama «nacionales»



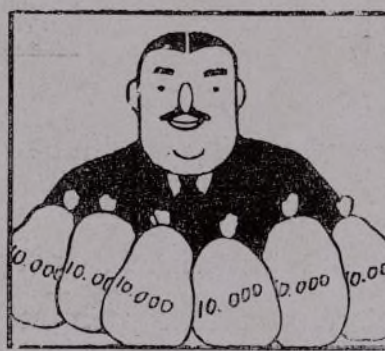
Si se te ocurre pensar  
Muy mal lo vas a pasar



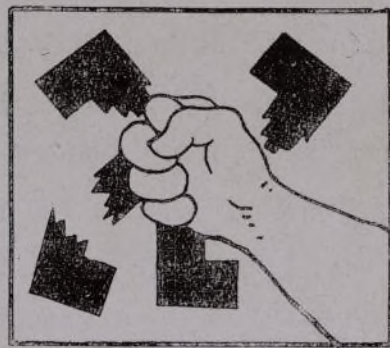
No he visto más triste sino  
Que el del pobre campesino.



De sol a sol trabajando  
Para poder ir tirando.



Pero en cambio el propietario  
Pronto se hace millonario.



Por todo esto al fascismo  
Hay que romperle el bautismo.

98 Brigada Mixta. 391 Batallón.-Comisariado.

F. VELAZQUEZ



## RECUERDOS DEL PASADO

# IMPERIALISMO PONTIFICAL Y CIVILIZACION CRISTIANA

En cuanto la iglesia se vió libre de las persecuciones que contra sus fieles llevaron a cabo la mayoría de los Emperadores romanos, empezó a extender sus poderosos e invisibles tentáculos por toda la Europa y Asia occidental. Los bárbaros del Norte, al adoptar pronto el cristianismo, la dieron gran preponderancia, y después, la decidida protección de algunos Emperadores como Constantino, origina que el papado romano se convirtiera, más tarde, en el rector de la política de los pueblos. Los dominadores de entonces necesitaban algo poderoso para sujetar a sus súbditos, y nada más adecuado que el fanatismo religioso para tener sumisa a una humanidad de escasísima cultura. Pero aquel arma se volvió contra ellos mismos; la iglesia no se conformaba con tener por siervos al pueblo llano; necesitaba, además, a los grandes, a los poderosos, a los reyes; así vemos que un papa imperialista pretende convertir en el siglo XI todo el mundo occidental en un colosal imperio cristiano, donde reyes y emperadores, sometidos a su poder, fueran unos resortes más de su vasto mando. Gregorio VII, el Alejandro o César de los cristianos, subió al trono pontifical el año 1073, y sin tardanza puso en plan de ejecución su proyecto de que la iglesia se sobrepusiera al trono de los reyes, proclamando la soberanía universal del pontificado. He aquí su opinión: «La iglesia debe ser libre por medio de su jefe, por el sol de la fe, el papa. Este ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna sobre la tierra... Emanando el papa de Dios, todo le estaba subordinado... La iglesia romana manda a todos los emperadores, reyes, príncipes, nobles etcéte-

ra.» Magnífico gesto de soberanía la de este pastor de Cristo, sobrepasando los mayores absolutismos. Disputó a todos los príncipes su soberanía; sostenía que la Sajonia había sido dada a San Pedro por Carlomagno; exigía tributos a Francia; amenazó a los príncipes de Cerdeña con darle la isla al conquistador que se la pidiese, si no daba al pontificado el denario que le pedía; intervino en la disputa del trono de Hungría para dárselo al monarca más sumiso a sus órdenes; alegó derechos sobre Dalmacia, y coronó al heredero del trono imperial ruso. Guerras y disturbios produjo la loca ambición del papa; Enrique IV, emperador de Alemania, fué excomulgado; España decía que le pertenecía y que preferiría verla en poder de mahometanos que de cristianos que no se sometieran a su poder. Jamás se ha visto un hombre con más locas ambiciones, pero aprovechándose de la investidura que tenía, y más aún del cerrilismo que existía en aquella sociedad cristiana, sus resultados fueron óptimos, y primero Sancho Ramírez de Aragón, después Alfonso VI de Castilla y León, y el Conde

Ramón Berenguer de Barcelona, se fueron sometiendo al poder romano, no sin gran disgusto del pueblo, que veía con indignación una nueva sumisión a un poder extraño; en Castilla cundió más la protesta que en silio alguno, y vemos levantarse a siervos y villanos llevando a la cabeza a un viejo castellano, Juan Ruiz de Matanzas. Pero de nada sirvió; la España cristiana se convertía en sierva del Pontificado.

El auxiliar mayor de la religión ha sido siempre la falta de cultura, y en aquellos tiempos más que en ningunos; basta decir que para adquirir dos gramáticas hubo que hacer escrituras firmadas por cuatro obispos, varios eclesiásticos y el juez de Ausona, dándose en cambio un casal en Call de Barcelona y tierras situadas en Mogería. Pero no era sólo en España donde escaseaban; la sociedad cristiana francesa, más dedicada a rezos que a estudios, adoraba tanto de libros que la Duquesa de Anjou, para comprar las «Homilias de Haimon», dió doscientos carneros, cinco cuarteras de trigo y otras tantas de centeno y mijo. Escaseaba el pergamino y se borraba un escrito de Tácito o Tito Livio o Séneca para escribir una oración o la vida de un santo. Gracias a que los «salvajes» árabes en ese siglo XI inventaban el papel y se remedió aquel mal; desde entonces ya podían escribir más rezos y oraciones. El clero español (y lo dicen los historiadores cristianos) era poco ilustrado. Alfredo el Grande decía que desde el Humber hasta el Támesis no había un solo sacerdote que supiera la liturgia en su idioma; pero no era sólo entre los religiosos la falta de cultura; si creemos a los libros

antiguos, resulta que el famoso condestable Duguesclín, no sabía ni leer ni escribir.

Magnífico espectáculo el de la sociedad cristiana, «cuna de la civilización del mundo».

LUIS FERNÁNDEZ DE LA CALLE.



## Orientaciones y datos

(Viene de la página 10)

terreno y a la situación o misión encomendada, teniendo presente que sigue considerándose la formación del pelotón como tipo de marcha o límite de segregación; pero si el terreno, la observación o el fuego enemigo lo exigen, se puede pasar a otra formación más diluida.

Si la compañía llevase ametralladoras, deberán progresar, en principio, con el segundo o tercer escalón (de compañía) y de una a otra posición de tiro; pudiendo, si el terreno o la situación lo exigen, colocarse en el primer escalón para efectuar el fuego.

Los puestos de mando deben progresar en una posición central o a vanguardia, con preferencia ésta, mientras no se rompa el fuego, para que los jefes puedan, por sí, realizar el reconocimiento y darse cuenta de la situación.

Las ametralladoras y máquinas de acompañamiento, en el segundo escalón (de batallón), por subsistir las causas que impusieron su colocación en el (poca probabilidad de empleo), a menos que el batallón marche en vanguardia.

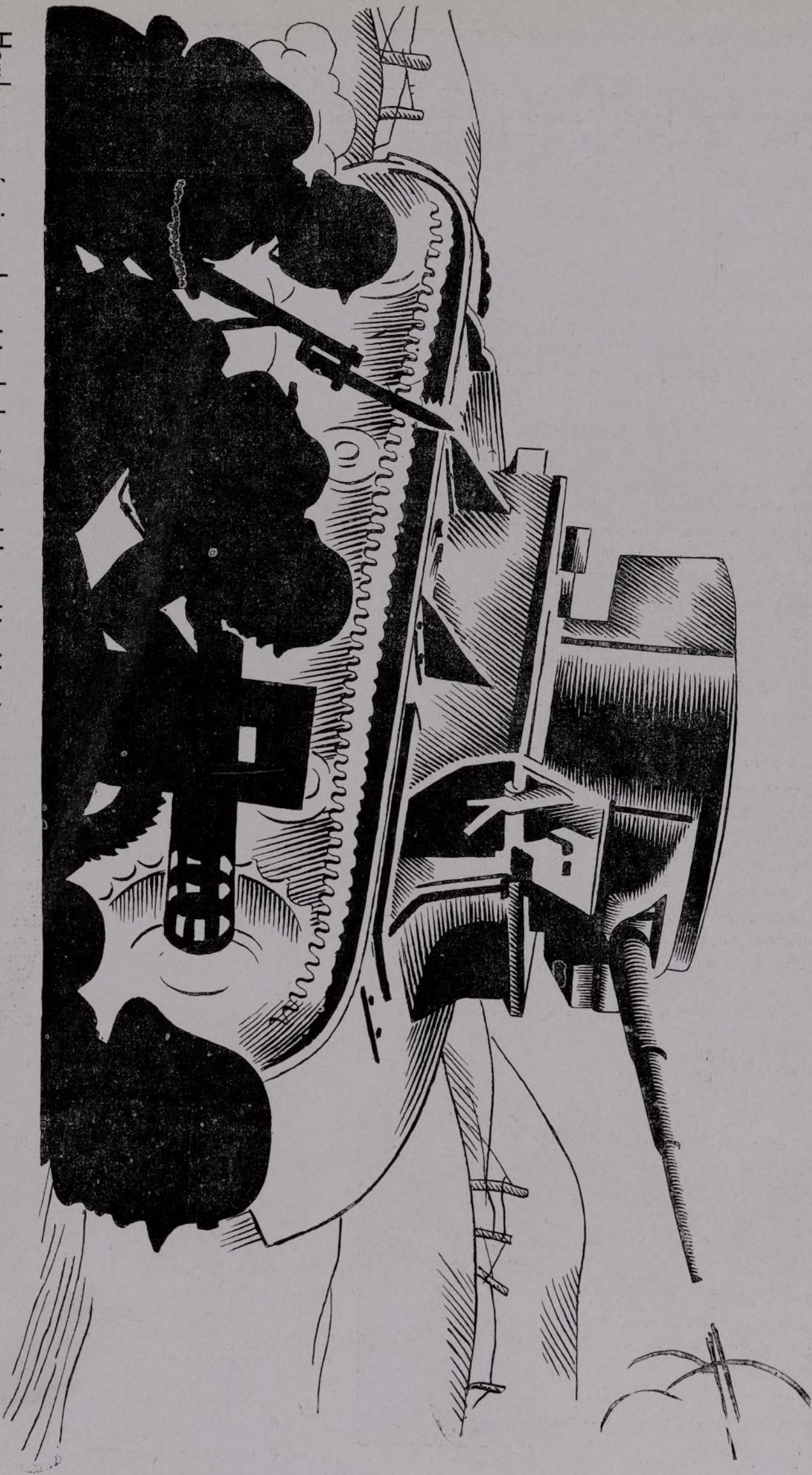
Como el desplazamiento de estos dispositivos no puede ni debe ser simultáneo, sobre todo si el enemigo observa, los altos deben darse cronometrándolos.

(Continuará)





Hombres y máquinas al servicio de la victoria del pueblo. Hombres que parecen de acero, y máquinas que quieren expresar, en su hondo palpitar de metal y de pólvora, afanes inteligentes de triunfos claros. Y las máquinas sirviendo a los hombres para afirmar la victoria definitiva del pensamiento libre, y de la vida digna.





## DE LAS MILICIAS AL EJERCITO

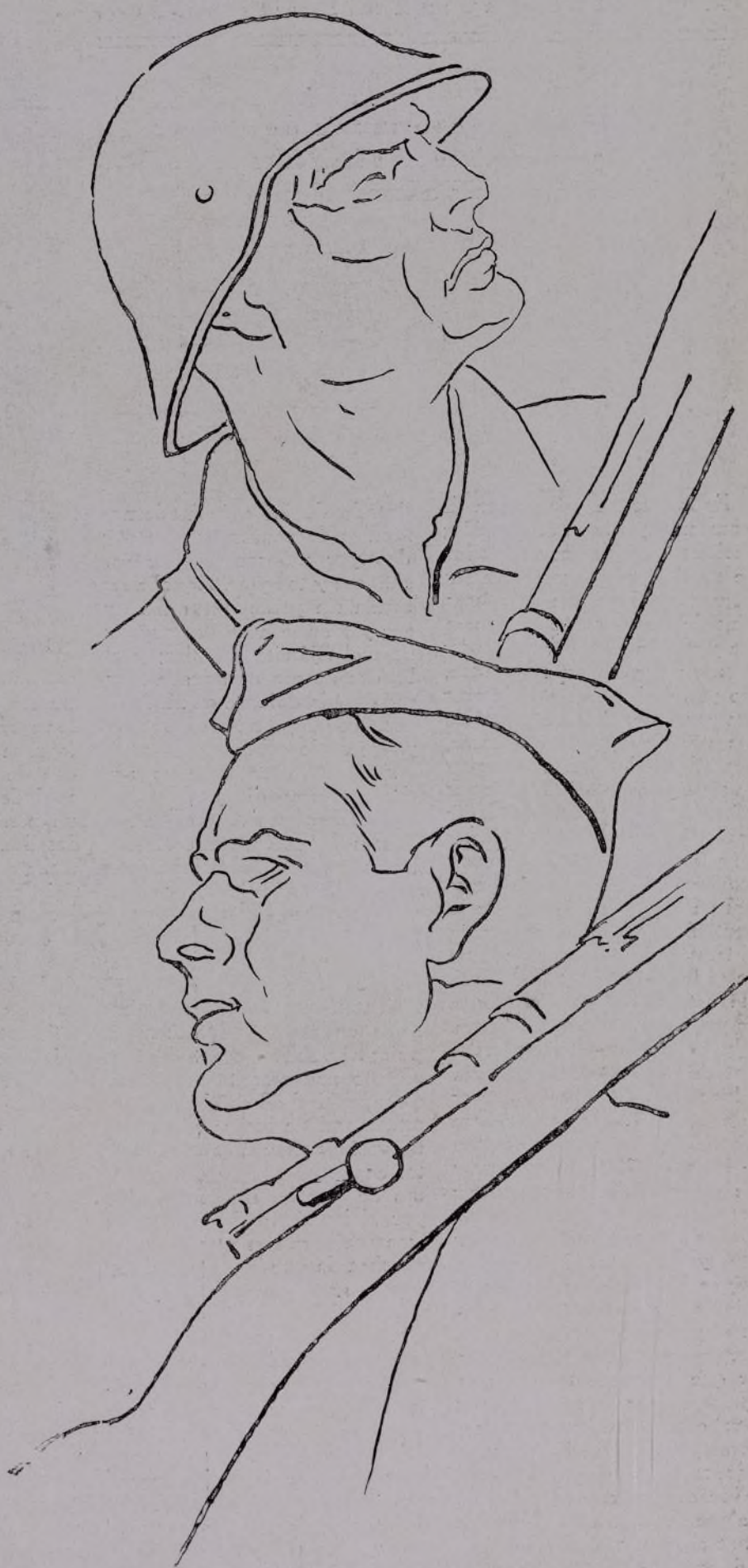
La defensa de Madrid, en su período inicial y más difícil, fué obra de las heroicas milicias antifascistas; la ofensiva del Ebro es un timbre de gloria del Ejército popular, que en ella ha puesto a prueba su capacidad y su eficiencia. Y en esas dos páginas de epopeya está cifrada la victoria que ha de obtener sobre el fascismo nuestro pueblo en armas.

Las Milicias, al unirse e integrar el Ejército, ganaron en organización, en disciplina, capacidad ofensiva y demás cualidades de tipo militar. Comprendiéndolo así, todos los sectores antifascistas quisieron unirlas, para superarlas. Y ahora, el Ejército, que es suma de todas ellas, no puede perder el espíritu que las distinguía y les daba impulso. Organización militar y aire de pueblo en armas; esto es lo que tiene y ha de tener nuestro Ejército.

Además, lo que resultaba común a todas las Milicias de organización o de Partido era su antifascismo; éste ha servido de nexo para unirlas, y él es el que da calificación a nuestro Ejército. Ejército político, antifascista, pero no de un partido o de una organización, no adscrito a una sola de las ideologías que se sustentan en nuestra zona.

No hubo en julio de 1936 ningún ciudadano más celoso de sus deberes y de sus derechos que los que cogieron el fusil para enfrentarse con el enemigo; y basta considerar esto para comprender que hoy, todos los soldados del Ejército del pueblo están en la plenitud de sus derechos civiles. Cada cual puede pertenecer a la Organización o al Partido que mejor cuadre con su criterio; pero a todos les está prohibido «hacer política» en el frente, lo que equivaldría a trasladar a las trincheras las diferencias partidistas propias de la retaguardia, es decir: volver a dividir el Ejército en Milicias de Partido.

¡Quién «hace política» en el frente olvida sus deberes de defensor de todo el pueblo antifascista!





# LA SOMBRA DEL HEROE

## AVANZA SIEMPRE...

**Así también la memoria de nuestros mártires nos impulsa a superiores abnegaciones**



Es la nuestra una guerra de constante y diaria superación; acciones y conductas que no hace muchos meses parecían superar todos los lindes delo imaginable, de las cuales se pensaba y aun se afirmaba fundadamente no serían sobrepasadas, no ya en el decurso de la guerra presente, sino aun en el de las posibles guerras futuras, han sido reducidas a un segundo término de atención y de admiración por las hazañas realizadas al día siguiente. Heroico y corajudo fué el comportamiento del proletariado español en los primeros días de la contienda; no le fué a la zaga el temple de nuestros hombres en la fantástica retirada desde el frente de Extremadura hasta las puertas de Madrid. No han faltado enemigos que hayan tratado desconsideradamente a las milicias populares durante aquellos días de constantes amarguras; en alguna ocasión se ha pretendido hacer burlas con aquellos heroicos camaradas que resistían como podían a la avalancha de hombres y de material de guerra que se les venía encima. Para colocar a aquellos camaradas en el puesto de honor que les corresponde, basta hacer constar que «durante tres meses» retrasaron el avance del ejército rebelde. Ellos, mal vestidos, corresponde, basta hacer constar que, mal armados, con la munición escasa, con sólo fusiles y alguna que otra ametralladora, se enfrentaron con un ejército organizado, disciplinado,

dotado de los más modernos medios de combate y protegidos por numerosos aviones, cañones y tanques. Aquella retirada sin precedentes dió lugar y tiempo a que se organizase el Ejército popular; y el broche de oro de aquella retirada fué la defensa de Madrid, donde se llegó a heroísmos rayanos en lo sublime.

Posteriormente, nuevas acciones militares han hecho palidecer la gloria de aquella retirada; la defensa del Norte, donde se disputó el terreno palmo a palmo a los invasores; los ataques sobre Belchite, Brunete y Teruel; la defensa de las costas levantinas; el parón a los rebeldes en Extremadura, y recientemente, la ofensiva del Ebro, en la que el Ejército popular ha vuelto a poner de manifiesto nuevamente su elevada capacidad de combate y su alta moral de lucha; todas estas acciones han sido otras tantas ocasiones en que el heroísmo de hoy ha sido superado por el heroísmo del mañana; esas acciones son otras tantas pruebas de que la memoria de nuestros caídos es el más firme acicate de nuestra lucha; todas esas acciones demuestran que el recuerdo de nuestros mártires guía siempre los actos de nuestros combatientes.

Las sombras de nuestros caídos nos acompañan en todas las vicisitudes de la guerra, y cuando llegan los momentos difíciles, cuando es necesario recurrir a las máximas energías para mantenerse firmes en el



puesto que se nos ha confiado, los ejemplos sublimes que nos legaron nuestros mártires hacen de cada uno de nuestros soldados un héroe más, casi un personaje de leyenda, que desafiando los turbiones de metralla que el enemigo pueda dirigir contra él, se mantiene indeble en el cumplimiento de su deber, seguro de que, aunque él cayera, otro hermano de lucha y de clase cubriría el puesto que dejara, hasta la victoria total del pueblo español.

La memoria de nuestros caídos no nos traicionará jamás, y en todo momento nos señalará, con el ejemplo de las realidades concretas, el camino a seguir. Por duro que éste sea, por ásperos que sean los momentos que el destino y la suerte favorable o adversa de las armas nos deparen, hemos de hacer honor al recuerdo de todos los hombres que tan generosamente supieron dar su vida en defensa de la libertad de todos los oprimidos. No podemos hacer traición a su memoria sin hacernos traición a nosotros mismos y sin exponer todas las conquistas que hemos logrado a costa de tan duro batallar, al más rotundo de los hundimientos.

Ni dudas ni vacilaciones pue-

den anidar en nuestro pecho; son demasiados los camaradas caídos en la lucha, son demasiados los trabajadores españoles que ofrendaron su vida en defensa de la libertad de todos los oprimidos y de la independencia de nuestra patria, para que podamos retroceder en el camino emprendido; éste hay que continuarlo hasta lograr la victoria definitiva; ese es el único final posible de la contienda que actualmente ensangrienta los campos españoles; terminar la guerra importa; pero importa terminarla definitivamente, de una vez para siempre. Y eso sólo se conseguirá con el triunfo del proletariado antifascista; lo demás sería, a lo sumo, abrir un paréntesis en la lucha, demorar la solución definitiva. Pero la contienda comenzaría en el mismo momento en que hubieran variado las condiciones que nos hubiesen hecho aceptar una paz que no fuera nuestro triunfo total y rotundo.

Es que así lo exige la memoria de nuestros caídos; y las sombras de nuestros mártires avanzarán siempre, hasta que la victoria definitiva de que hablamos se convierta en una magnífica realidad.



# LOS HERMANOS LLAGARIA<sup>(1)</sup>

Hermanos gemelos eran,  
no por las leyes de Dios;  
hermanos, porque una madre  
parió en un día a los dos.  
Al uno, por la mañana,  
con los albores del sol;  
al otro, en la noche negra,  
que le nubló el corazón.  
Teniente del pueblo, Antonio,  
que por el pueblo murió,  
y esbirro de Franco, el otro,  
para servir la traición,

El viento cruza el espacio  
como heraldo del dolor;  
hoy habrá duros combates,  
blasfemias, gritos de horror;  
ya tronaron los cañones,  
ya el espacio se nubló  
con las bandadas de aviones  
portadoras del terror;  
ya la tormenta ha empezado,  
ya se desata el ciclón,  
ya enloquecieron los hombres,  
ya el peligro se olvidó,  
ya la tierra y el acero  
se abrazan con el calor  
de plomo en filos y en ascuas  
que la trilita encendió.

—¡Teniente Antonio, adelante!  
—¡Adelante mi sección!  
—¡Adelante, que ya huyen!  
—¡No hay cuartel para el traidor!  
—¡No corráis así, cobardes!  
—¡Ya triunfa el pueblo español!  
—¡Antonio, te queda uno;  
allá resiste un traidor:  
te ha hecho dos bajas, tres, cinco!...  
—¡Cuerpo a tierra, mi sección!  
Allá voy, perro maldito.  
Y Antonio, solo, avanzó.  
—¡Teniente Antonio, adelante!  
Y el coloso del valor,  
con el pecho descubierto,  
el parapeto asaltó.

Frente a frente se encontraron,  
ebrios de lucha los dos,  
la niebla de polvo y humo  
los dos rostros ocultó;  
y el teniente cayó muerto  
y al contrario se apresó.  
—¡Tu nombre, traidor, tu nombre!  
—Juan Llagaria—contestó.  
—Tú no puedes ser Llagaria,  
que ese apellido de honor  
sólo es del teniente Antonio.  
Y él temblando preguntó:  
—¿Antonio Llagaria, dice?  
—Sí. ¿Ya cambias de color?  
—¿Dónde está Antonio Llagaria?  
Quiero verlo, por favor:  
—Aquí tienes su cadáver.  
Y él con espanto exclamó:  
—¡Este es mi hermano, mi hermano!  
¿Será posible, Señor?  
—¿Y es tan negra tu conciencia,  
tan duro tu corazón  
que no revientas de angustia,  
ni te asfixia tu baldón?  
¡Tráguete, perro, la Tierra,  
que sólo verte da horror!

El peso de tantas culpas  
en su conciencia cayó,  
y sumergido en el fango  
de su crimen, sin valor  
para ajusticiarse él mismo,  
sollozando suplicó:  
—¡Matadme! ¡Matadme pronto,  
que no merezco perdón!

Hermanos gemelos eran,  
no por las leyes de Dios;  
hermanos porque una madre  
parió en un día a los dos:  
el uno fué iluminado  
por los albores del sol,  
y al otro la noche negra  
le ennegreció el corazón.

A L F O N S O  
P E R E Z

(1) Este trabajo responde a un hecho verídico ocurrido en las operaciones de Guadalajara, de abril del 1938.

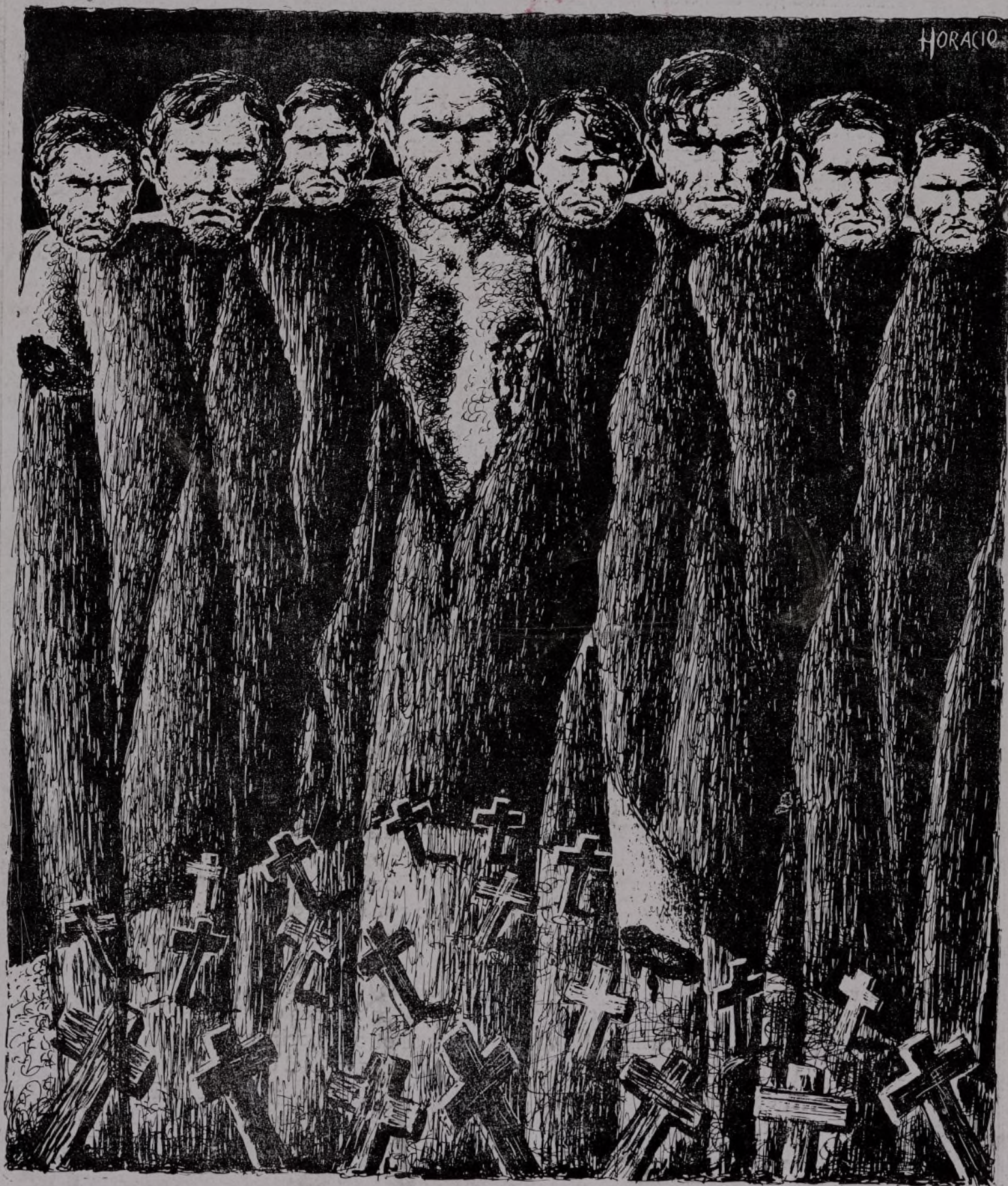


# 14.ª División

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO II

NUM. 27



**Por nuestros muertos, no podemos hacer pactos ni componendas.**

Ayuntamiento de Madrid